

## En clave de educación

### ¿Qué deberían aprender los estudiantes de hoy para ser protagonistas de su futuro?

#### Conversación de Carlos Magro con Pablo Bongiovanni

**CM** Pablo, muchas gracias por aceptar nuestra invitación para conversar con nosotros, por venir aquí, hasta Rosario, para hablar de educación en general y para hablar, también y en concreto, de qué tenemos que aprender en la escuela hoy, qué tendríamos que enseñar.

**PB** Muchas gracias a vos y a toda la Fundación Santillana, que particularmente tuvo la delicadeza de invitarme y de traerme hasta acá. Para mí, es un honor también poder charlar un rato con vos, así que voy a disfrutar mucho

**CM** Preguntarnos por qué tenemos que aprender y, por tanto, qué tenemos que enseñar no es algo nuevo. De hecho, es probablemente lo que más nos ha preocupado en educación durante muchos años. Es lo que, hablando en términos que todo el mundo entiende, constituye los currículums escolares. Y sabemos que el currículum es un territorio de lucha política, social y cultural importante. El currículum define qué queremos preservar de nuestra historia, de nuestro pasado, de nuestra herencia. Pero también marca un poco qué ilusiones tenemos hacia el futuro, qué tipo de futuro queremos. Y de eso es de lo que queremos hablar porque, al final, pensar en qué debemos aprender en la escuela es preguntarnos qué pasado queremos mantener, en qué presente queremos vivir y qué futuro queremos construir. Y también es preguntarse por los fines de la escuela, es una manera sencilla de preguntarnos para qué vamos a la escuela, por qué los niños tienen que ir obligatoriamente a la escuela y pasar allí diez, quince años de su vida.

Dicho esto, y como introducción, yo quería empezar preguntándote algo muy sencillo —o muy complicado, no lo sé—: ¿qué presente estamos viviendo y qué futuro crees que nos va a tocar vivir? ¿Qué presente estamos viviendo ahora y están viviendo nuestros niños, nuestros jóvenes —que creo que eso debería determinar en parte el currículum— y, sabiendo que solo podemos imaginarlo pero no describirlo, hacia qué futuro estamos yendo?

**PB** Son grandes preguntas. Para la del presente, desde mi perspectiva, en la Argentina y viviendo en una provincia de la Argentina, creo que es necesario delimitar distintas capas de esa realidad en el mundo educativo. El presente conectado o hiperconectado que estamos viviendo, ese mundo hiperconectado de conocimiento —algunos dirán «conocimiento conectivo»— y todo lo que genera el conocimiento *online* es una realidad en el nivel superior, por ejemplo. No hay prácticamente un nivel universitario *offline*, no existe.

Pero si empezamos a bajar un poco en los niveles de la educación formal, sin descartar la educación no formal o la informal, si bajamos en términos de edades, en el Secundario, por ejemplo, hay una capa de realidad que puede bien estar desconectada, a pesar de tener disponibilidad de dispositivos. Los tenga o no, puede estar

desconectada por una cuestión de decisiones a nivel de política educativa, de micropolítica educativa. Como también está la realidad, en ese nivel medio o en esa Secundaria, de colegios muy innovadores, muy conectados y con entornos de alta disponibilidad de tecnología. Y en una misma ciudad como pueden ser, por ejemplo, Rosario, Santa Fe o Buenos Aires, pueden convivir esas dos capas con una diferencia de cien metros: una escuela innovadora e hiperconectada puede estar enfrente de otra completamente desconectada. En parte puede ser por una cuestión tecnológica o, como te decía, por una cuestión política en cuanto a las decisiones que se toman desde la gestión o desde el aula. Y también en esa capa del nivel medio, si nos alejamos un poco de los cascos urbanos, de los centros más urbanos, vemos a docentes que se enfrentan a realidades muy duras: por ejemplo, la del profesor que trabaja en una escuela que no suele tener luz —a mí me pasa a veces que voy a dar clase de Tecnología y no hay luz toda la mañana—. Entonces, entre esa realidad y la realidad donde todos los servicios y demás están asegurados, ya hay un gris, un matiz.

Si bajamos a la otra capa, el nivel primario, ahí yo creo que se nota mucho más la distancia, porque todavía convive todo un sistema muy ligado al aprendizaje de la lectoescritura con papel y lápiz. Que está bien, no creo que haya que eliminarlo, pero que está totalmente desfasado o a desritmo. Hay distintos ritmos de evolución entre las escuelas primarias y las escuelas secundarias o la universitaria, y es muy difícil después hablar de articulación cuando están esos ritmos tan distintos.

Y después está el nivel inicial o la capa de la primera infancia, del primer acercamiento a la formación, a la educación formal, que vuelve a estar, desde mi perspectiva, muy emparentada con el nivel superior. En el nivel inicial hay una visión de la innovación que está como *per se*. Digamos que en el corazón de la propuesta del nivel inicial está innovar. En algún momento en la Argentina apareció, hace un par de años, esa idea de que el nivel inicial era como un modelo a seguir. Como en todo, están los que lo tomaron literal y dijeron «Hay que tirarse en el piso en la universidad» —que no estaría mal—, pero no es esa literalidad, sino, creo yo, que va más a lo subjetivo de la innovación, pensando en el contexto, pensando en la edad de los alumnos. Y en ese nivel inicial, creo —desde mi perspectiva, te repito— que no hay tanta diferencia o no hay tanta disparidad ni esa incoherencia que sí se da en el salto del nivel inicial a la Primaria. Hay un corte innecesario del que muchos docentes y también muchos equipos de gestión se están dando cuenta.

Creo que la realidad, el momento en el que estamos, tiene todos esos matices. Y cuando por ahí yo leo una reflexión sobre el momento actual o sobre el presente o, no sé, cuando leemos a un experto que escribe sobre el momento presente en educación, siempre es una perspectiva, siempre es un pedacito del mundo. Y un gran desafío hoy es lograr una coherencia en esa realidad. Sobre todo porque, en la Argentina, a muchos profesores nos toca convivir con esas distintas realidades, con esos distintos ritmos. Tengo muchos ejemplos para mencionarte, pero recuerdo charlas con directores que, al mismo docente, le dicen: «No hagas lo que hacés en la otra escuela porque en la otra escuela lo están enfocando mal. Acá hacemos esto». Esa bipolaridad o esa necesidad del docente de cambiarse el traje, de repente de controlador de la disciplina a superinnovador, no es saludable.

Entonces, hay muchos desafíos, hay muchos matices. Yo por lo menos lo veo así. Y creo que, cuando hablamos de ese momento presente en educación, necesitamos poner todos esos matices, necesitamos mirar todas esas capas. Yo trabajo como docente fundamentalmente en el nivel superior y tenemos discusiones o charlas con la gente que está estudiando para ser docente o que es profesional y está dando clases, y todos esos matices son parte de la conversación, ineludiblemente.

**CM** Me interesa que hablemos de qué hay que aprender. Pero preguntarse por qué hay que aprender también es una manera de preguntarse por cómo tenemos que enseñar. Yo tengo la sensación de que uno de los grandes retos o problemas o gran dificultad que diariamente expresan los docentes de los niveles de Primaria y, sobre todo, de Secundaria —no me meto en temas más de educación superior—, es que se encuentran con alumnos absolutamente desconectados.

**PB** O conectados con otra realidad.

**CM** Conectados con otras realidades, desconectados de la escuela. Desconectados de los aprendizajes que hay que realizar en la escuela, desconectados de lo que queremos enseñarles, desconectados de las maneras que tenemos de enseñarles, de los tiempos, de las disposiciones de aula... Totalmente desconectados. Son estudiantes que no encuentran sentido a pasarse horas en un aula y unos años en una escuela. Y no creo — y esto lo oigo todos los días, constantemente— que tengamos que ir diciendo: «Es una responsabilidad solo del docente, que tiene que ser capaz de movilizarles, de motivarles».

**PB** Ser un animador.

**CM** No creo que esa sea la solución. No digo que no haya cosas que hacer por ahí, pero yo quiero pensar el problema este, que tiene muchas aristas, de nuevo desde el lado de lo que tenemos que aprender y enseñar. ¿Crees que es posible que lo que esté pasando es que necesitamos una especie de revisión de esto que llamamos el currículum para, de alguna manera, tanto en lo que hay que aprender como en cómo tenemos que enseñar, nos adecuemos más a cosas que movilicen el interés, que tengan sentido para estos estudiantes que parecen distintos —bueno, distintos en algunas cosas—a los de otras épocas? Es decir, vuelvo a preguntarte hasta qué punto la escuela y no tanto los docentes, sino la escuela como dispositivo, con sus currículos, no está intentando imponer algo muy desconectado de lo que es el mundo en el que estamos viviendo o el mundo hacia el que estamos yendo.

**PB** Creo que esa pregunta va al hueso del problema, que tiene que ver con el conocimiento en sí. Esto lo dijeron muchos a lo largo de los últimos años de distintas formas, pero sí hay una metáfora que es muy clara y muy llana, que es que, si la escuela, los docentes, seguimos siendo o haciendo *delivery* de conocimiento, o sea, si seguimos siendo el *delivery* del conocimiento, esta desconexión que vos decías con ese conocimiento, con esa oferta, va a ser automática. Porque si yo, lo único que hago es llevar información que está accesible por otro lado...

Pienso en el hueso del problema porque el alumno —los más chiquitos en la Primaria o preadolescentes o adolescentes de Secundaria— ya nace en un mundo con internet, donde el conocimiento en red y el conocimiento accesible es parte del mundo. Y esos

niños, esos adolescentes —lo veo como docente y también como papá—, ya saben o ya suponen que eso que está pasando o eso que les estamos diciendo está en internet. Para el resto del mundo, que conocimos la vida sin internet y que nos acostumbramos a la vida con internet y descubrimos sus bondades —como dice Cristóbal Cobo, «la luna de miel con internet»—, reflexionar sobre eso es una perspectiva, una visión. Pero al alumno que nació con internet no le llama la atención esa reflexión, no le llama la atención lo fantástico que es que haya un tutorial en internet o que haya un tutorial en YouTube. Todo eso ya estaba ahí cuando nació. Así como ya estaban ahí los autos o la luz eléctrica, también estaban ya ahí internet y el conocimiento. La pregunta va, creo yo, al hueso porque los currículums son un recorte de todo el conocimiento posible, son decisiones, como decías, sobre lo que queremos conservar y lo que queremos transmitir culturalmente a la posteridad.

Y otro problema que veo yo es que ese currículum, en general, está construido sobre la base, la metáfora o la idea de una construcción del tipo pared de ladrillos, en la que para aprender algo que está en la segunda línea primero tienes que aprender lo que está en la primera línea. O sea, que lo que aprendemos hoy nos da la base para lo de mañana. Y esa construcción secuencial o en bloque, que es también la perspectiva del docente que dice «Si el docente del año pasado no dio o no enseñó los contenidos que tenía que enseñar, yo este año no puedo enseñar porque no tienen los conocimientos previos», esa forma u oferta que es, digamos, como la malla más profunda de la idea del currículum, hoy, gracias al conocimiento conectivo, gracias a que el conocimiento está accesible —cuando tenemos conexión— en cualquier momento en cualquier lugar y a que podemos aprender en cualquier momento en cualquier lugar, resulta vetusta para el alumno.

Tal vez las discusiones más profundas que yo puedo tener con docentes o las discusiones que podemos ver de los expertos o que podemos leer son las que cuestionan eso o chocan con eso y dicen: «¿Qué necesitamos aprender? Necesitamos aprender habilidades o competencias o destrezas para encontrar información». Como dice, si no me equivoco, Siemens, lo que tenemos que aprender es a conectar con el conocimiento actualizado y preciso. Muchas veces, en el currículum aparece precisión pero desactualizada. Y muchas veces, *online* puedo tener una actualización permanente pero imprecisa. Poder conectar con conocimiento preciso y actualizado, ese podría ser un gran desafío. Ahora, no todos en todos los niveles y en todas las áreas podemos enseñar a aprender a aprender. Es evidente que aprender a aprender es una de las cosas que tenemos que enseñar, nadie puede dudar de eso. Pero no es lo único. Si yo elimino esa idea de la pared o de los ladrillos, de esa construcción en la que algo va sobre la base de otra cosa, y dejo solo la perspectiva de aprender a aprender y de que voy a poder encontrar lo que necesito mañana para sobrevivir, también nos perdemos toda la riqueza de nuestra cultura . Es decir, hay una infinidad de matices del conocimiento cultural que no los voy a encontrar en internet.

**CM** En este sentido, justo hace más o menos unos veinte años, todos los sistemas educativos del mundo empezamos a hablar de que no solo hay que transmitir contenido, sino trabajar el desarrollo de competencias, que vienen a ser, según los que se dedican a esto, la capacidad que tienen las personas de aplicar útilmente en su vida, posteriormente, esos conocimientos. Y eso es en lo que estamos los sistemas educativos

desde hace veinte años. Nos está costando muchísimo digerirlo, porque el concepto *competencia* incorpora dentro el saber hacer con esos conocimientos —antes se suponía que, ya con saberlos, de alguna manera mágica, se sabía aplicarlos— y también incorpora un montón de cosas que tienen que ver más con los valores, con las emociones, y que podríamos simplificar diciendo que no es solo saber hacer, sino saber si es correcto hacerlo en este momento. Y en esto estamos, no lo hemos resuelto todavía.

Además, desde hace unos pocos años, agentes distintos a los ministerios o a los expertos en educación, como son las grandes corporaciones transnacionales o, a veces, las fundaciones, nos dicen que en realidad lo que tenemos que trabajar en la escuela son las habilidades. En esas habilidades se mezclan un montón de cosas y volvemos a poner un poco el acento sobre la capacidad de hacer cosas con algo. Entonces, hay una tensión, una lucha muy dura, que tú has expresado muy bien, muy elegantemente: ok, necesitamos saber hacer cosas con ese conocimiento, pero ojo —y nadie lo ha discutido nunca—, no nos olvidemos de que para hacer cosas necesitamos tener esos conocimientos previos. Estamos en esa pelea.

Hay muchos marcos de habilidades para el siglo XXI: habilidades a 4, a 6, a 20... Si yo te dijera el término *habilidad* así, sin más, ¿a ti qué te sugiere? ¿Y cuáles serían para ti, recogiendo algunas de las que normalmente escuchamos todos los días, esas habilidades? Luego veremos si eso está incorporado de alguna manera en la escuela hoy o no.

**PB** Hay algo con el tema de las habilidades que a mí me moviliza mucho ahora, que tiene que ver con la impronta de toda la cultura *maker*, toda la cultura de hacer en el aula y hacer en la escuela o en la educación formal; la habilidad, digamos, de aplicar. O por lo menos yo lo veo así. Cuando trabajamos con las propuestas educativas, cuando yo trabajo con un docente o cuando yo mismo propongo algo en el aula, necesito preguntarme —me gusta decirlo así— qué oportunidades estoy habilitando para que se desarrollen esas habilidades. Porque yo puedo, con mi forma de ofrecer la actividad o mi forma de dar la clase o mi forma de disponer el aula, priorizar, por ejemplo, la habilidad de la escucha, que es algo que necesitamos ejercitar, es una habilidad que tengo que manejar, pero no es la única. También necesito habilidades para hacer cosas, para transferir conocimiento previo a nuevas situaciones.

Ineludiblemente, cuando pienso en habilidades, también pienso que, si vivimos en un mundo hiperabundante de información, donde el conocimiento yo lo puedo encontrar o está accesible, más allá del dispositivo, de la forma donde esté, necesito una habilidad básica para poder valorarlo, para poder discernir conocimiento bueno del malo, conocimiento actualizado del desactualizado, preciso del impreciso.

Pienso también en las habilidades, además del movimiento *maker*, del movimiento que vos lo nombraste rápidamente de todo lo que tiene que ver con la educación emocional, el manejo de las emociones. También ahí hay, por lo menos desde mi perspectiva, una serie de iniciativas que proponen eso, una habilidad que antes no estaba pensada, no estaba diseñado un currículum para aprender sobre las emociones.

Y también creo que hay una serie de habilidades que no las desarrollamos, no las proponemos, no porque no se puedan hacer, sino porque es difícil diseñar un dispositivo que habilite a la creatividad. Desarrollar la creatividad para crear o para poder con las otras habilidades valorar el conocimiento bueno del malo, para hacer una buena conexión o para decidir si esto que estoy encontrando tiene que ver con algo que sabía antes. Para poder crear necesito conocimientos previos, necesito saber, necesito haber leído, necesito tener conceptos. Para discernir, necesito tener conceptos.

Entonces, el rol del docente ahí cambia un montón, cambia diametralmente. Volviendo un poco a lo que te decía antes: si no es *delivery* de información y es alguien que habilita o que ayuda al desarrollo de habilidades, lejos de desaparecer —que también es una arista muy presente, creo yo, a pesar de que en el discurso de innovación no está, eso de que la tecnología ataca al docente o que lo va a eliminar o que no vamos a necesitar más docentes—, muy lejos de eso, lo que pasa en la realidad es que el rol docente está mutando a un lugar subjetivo de lo más humano que puede existir, es decir, yo necesito de un humano que me enseñe esas habilidades. Una inteligencia artificial no me lo va a enseñar.

**CM** Pablo, dos últimas cuestiones para ir terminando. Una que me preocupa a mí especialmente, no sé a ti. Tanto el concepto *competencia* como el concepto *habilidad*, cuando vemos las listas de los marcos de competencias o habilidades —más las habilidades que las competencias—, tengo la sensación de que inciden mucho en la idea de lo individual: las habilidades son algo que una persona necesita desarrollar para poder luego vivir bien. Y hasta ahí estamos de acuerdo. Pero tengo la sensación de que dejamos muy de lado lo que podríamos llamar habilidades colectivas, comunitarias o competencias más sociales, más de vivir con los otros; no solo desarrollarnos nosotros bien, sino también nuestra capacidad para desarrollarnos con los otros. Esto es una cosa que a mí me preocupa y quería escuchar tu opinión.

**PB** El tema de separar la habilidad y la competencia de lo individual es, creo yo, por un lado saludable para despegar también esa crítica o esa idea subyacente que puede estar en la perspectiva más empresarial, más productiva, o en el enfoque que tiene que ver más con ese lenguaje. Por ejemplo, cuando yo empecé a estudiar el tema de las competencias, la primera crítica era que era una perspectiva para un mundo en particular, un mundo de producción, una preparación para el mundo del trabajo, que dejaba de lado todos los otros valores.

Para separar un poco ahí, creo también que hay una distancia, una diferencia, entre lo que estamos haciendo o lo que estamos proponiendo y lo que sabemos sobre colaboración o lo que se está estudiando en el mundo sobre el valor de la cooperación. Y casual y paradójicamente, todos esos procesos de cooperación y de colaboración — que no son lo mismo, pero tienen que ver— son los que hacen evolucionar el conocimiento. Es decir, los grandes centros de conocimiento son cooperativos. No existe la invención, como en las películas, del inventor que se golpea la cabeza y aparece la gran idea. O una iluminación: de repente, a Carlos se le ocurre la idea de revolucionar tal cosa. No. Está más que estudiado que, históricamente, las innovaciones aparecen en la mesa de trabajo, en el lugar donde hay conversación, donde hay interconexión.

Entonces, no es un problema de que no lo estemos estudiando o de que no haya investigación sobre el tema. Es que no está todavía tan metido en la idea del currículum y en los principios —yo lo veo mucho en la formación docente— más básicos de la didáctica o de lo pedagógico-didáctico que necesitamos hoy en la formación docente. Porque seguimos repitiendo, enseñando como nos enseñaron. Y creo yo que en toda esa serie de competencias/habilidades que tengan que ver con la cooperación, con la colaboración, con trabajar con otros —similares y con el que es distinto también—, hay casi una indiferenciación con el discurso sobre la inclusión: que todos somos diferentes, pero podemos aprender juntos o cooperar en el aprendizaje, que no pasa nada porque seamos diferentes, no necesitamos ser todos iguales y llevar un mismo ritmo, sino que cada uno puede llevar el suyo propio. Y parte de lo que sabemos sobre la cooperación es que es saludable que cada uno tenga su ritmo, que cada uno tenga su perspectiva, que cada uno tenga su forma de aprender o de cooperar en el grupo. Hay mucha investigación y muchas experiencias al respecto. No es fácil, no se puede aplicar una receta para decir «Armemos un grupo cooperativo y voy a trabajar con este y con el otro», porque por ahí se pierden cuestiones o matices de lo humano que tienen que ver con el vínculo. La idea de la cooperación es algo que tenemos que explorar mucho todavía.

**CM** Una última cuestión, volviendo sobre qué tenemos que aprender. ¿Estamos en la escuela, en términos de conocimientos, de contenidos y también de habilidades, preparándonos para este mundo tecnológico en el que estamos viviendo? ¿Estamos incorporando —que no sé si hace falta y, si hace falta, te preguntaría cuál crees tú que sería la aproximación— los contenidos concretos que tienen que ver con lo tecnológico? ¿Cómo estamos afrontando desde la escuela el hecho de vivir en un contexto altamente tecnológico? ¿Estamos preparándonos para manejarla, entenderla, meros usuarios consumistas, espíritu crítico sobre la tecnología... o crees que estamos todavía lejos? En el ámbito de la obligatoria, Primaria y Secundaria.

**PB** Creo que en la escuela obligatoria, por lo menos desde mi perspectiva, hay un discurso que ataca y que dice «No nos estamos preparando, estamos haciendo algo totalmente viejo» —la famosa frase de «los docentes de un siglo, la escuela de otro y los alumnos de otro»—. Eso no suma hoy por hoy o actualmente ya no suma tanto porque la realidad indica otra cosa. Por poner solamente un ejemplo: la formación docente, la formación permanente, los congresos, los encuentros, están llenos de gente que quiere aprender cómo hacer. Hace un par de años, ese grupo de gente era mínimo: hay una relación que habla mucho sobre la innovación en un 80-20, el 20 % innovador. Creo que el 20 % innovador sigue siendo un 20 % innovador, pero no son los únicos. Ese otro 80 %, la gran masa de docentes que, tal vez, hace unos cinco o diez años todavía no estaba convencida o todavía tenía alguna distancia con la realidad o con las habilidades necesarias para el futuro, creo que está ya como más instalada, todos estamos más conscientes de que hay cosas que tenemos que cambiar.

El gran desafío es qué vamos a cambiar y cómo lo vamos a hacer. En esa línea, por ejemplo, ahora en la Argentina, la cuestión que se instaló con muchísima fuerza desde el año pasado hasta ahora sobre programación, robótica, el pensamiento computacional y otras tiene que ver con la idea de que estamos en un momento en que necesitamos ser críticos, no solamente fascinarnos con todo lo que podemos hacer con la tecnología,

sino críticamente. Ahí, la inteligencia artificial sería un tema para discutir con los docentes. Un *software* o una máquina que aprende —el famoso *machine learning*—: ¿qué quiere decir eso?, ¿qué nos depara el futuro?, ¿qué podemos esperar o que podemos vaticinar? Muchos dicen que estamos a un paso de un quiebro importante. Pero va un poco al corazón, porque la propuesta de la solución tecnológica que es la escuela trabaja con el conocimiento. Trabajó históricamente y trabaja con el conocimiento. Entonces, todas esas discusiones sobre las máquinas y si aprenden o no, o si es aprendizaje o no, ¿qué quieren decir?

Yo me encuentro muchas veces volviendo, de alguna manera, a plantear una actividad diciendo: «Bueno, volvamos a cero. ¿Qué es para vos aprender, qué es el aprendizaje hoy, qué es el conocimiento hoy?». Algunos dicen: «Primero necesitamos definir qué entendemos por conocimiento, pues si yo entiendo por conocimiento algo distinto a lo que vos entendés, luego la enseñanza y el aprendizaje van a ser procesos distintos». Por tanto, volver un poco a la fuente yo creo que es algo saludable.

- CM** Muy bien, pues vamos a terminar aquí. Te reitero el gran agradecimiento por haber venido hasta aquí para conversar con nosotros. Muchas gracias, Pablo, por tu tiempo, por tu sabiduría y por esta conversación.